

SANTIAGO ÁLVAREZ

*El Jardín
de Cartón*

NOVELA



ALMUZARA

© SANTIAGO ÁLVAREZ, 2016
© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2016

Primera edición: octubre de 2016

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

COLECCIÓN TAPA NEGRA
EDITORIAL ALMUZARA
Director editorial: ANTONIO E. CUESTA LÓPEZ
Edición de JAVIER ORTEGA
Corrección y maquetación de ARISTÓTELES MORENO

www.editorialalmuzara.com
pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com

Imprime: CPI BLACK PRINT

ISBN: 978-84-16776-32-0
Depósito Legal: CO-1629-2016
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

Para Miriam, mi fan número uno.

*Cada mes de marzo, una tradición única en el mundo
tiene lugar en Valencia. En cada cruce o plazuela se
erigen fallas compuestas por un número diverso de
ninots, muñecos de materiales ligeros. Entre monumentos
mayores e infantiles se plantan más de 750 fallas.
No es descabellado decir que, tras la medianoche del 19,
Valencia quema decenas de miles de ninots, un espléndido
jardín de cartón expuesto para nuestro deleite, hasta que
el fuego lo convierte en la ceniza más cara del mundo.*

La anciana toma el libro y lo coloca sobre su regazo. Deja que su vista se detenga en las tapas de cuero, un material suave que acoge un centenar de hojas amarillentas. Lo abre al inicio del manuscrito. Es una letra regular y sin adornos, semejante a la de imprenta, como si quien la escribió lo hiciera pensando en dejar una bonita caligrafía antes que en transmitir un mensaje.

Segorbe, 19 de marzo de 1913

Escribo estas líneas abrumada por una lamentable tarea. En el día de hoy ha llegado a San Martín un regalo de Dios, un ángel sin alas al que nuestra comunidad ofrecerá el amor que no podrá recibir de sus progenitores.

No es mucho lo que puede decirse aquí. Una mujer de Segorbe llamada Llucina, que acaba de asistir como matrona a una desgraciada muchacha, me ha entregado a la niña recién nacida para que sea acogida en nuestro convento de Agustinas. Llucina es una mujer de reputación dudosa, pero a la que hemos atendido debido a la preciosa carga que portaba. La matrona no sabe nada del padre, que al parecer huyó de sus sagradas responsabilidades. De la madre apenas conocemos su nombre, Cayetana, puesto que renunció a revelar su apellido antes de fallecer a consecuencia del parto. Sospecho que su familia debe haberla repudiado, cosa que desgraciadamente sucede con frecuencia en estos días.

La madre, con apenas un hilo de vida en sus labios, nos ha rogado que pongamos a la criatura el nombre de Julia y el apellido Ferrer. Ese

nombre significa «firme como la piedra», y el apellido invoca a nuestro San Vicente, legatus a latere Christi, quien ya anunció la inminente llegada del Día del Juicio Final. Son tiempos de pecadores, y quizás ese apellido proteja el alma de esta dulce criatura mejor que lo hicieron los que la trajeron a este mundo.

Hay otra condición de la madre moribunda, y ha sido que le entregásemos este diario a su hija al cumplir la mayoría de edad. Será entonces cuando la niña decida continuar en nuestra comunidad o salir al mundo tumultuoso que aguarda tras las puertas de nuestro convento. Eso sucederá tal día como hoy, en el año de nuestro señor de 1936. Quizás entonces lleguen tiempos más felices, y las miserias de este país sean menos.

Entre tanto guardaré este diario lejos de miradas indiscretas. Mis labios están sellados, yo que he hecho voto de silencio, y que debido a mi edad no llegaré a ver el día en que Julia Ferrer abra este libro. No me interesan los hechos del pasado, pero espero, mi dulce niña del futuro, que este objeto te recuerde el perverso pecado del mundo. Un pecado del que debemos escapar, huir hasta dejarlo atrás.

Así se hará, si mi Señor nos da fuerzas.

Ruego una oración por tu alma.

Sor Isabel Lázaro.

Julia Ferrer cierra el libro mientras entorna los ojos con melancolía. No necesita volver la página para descifrar el recorrido de tinta que se amontona sobre el papel: es una historia que habla sobre su madre y que habla sobre ella. Una historia que ha leído mil veces y conoce de memoria pero que, tras los últimos acontecimientos, le parece aún más desoladora.

La anciana toma con ambas manos la coleta de cabello blanco sobre uno de sus hombros. Es un gesto coqueto, las dos manos plegadas sobre el hueco de la clavícula, el anverso de una hacia el reverso de la otra. En la esquina de la colcha yace un papel doblado en tres partes, encabezado por sellos oficia-

les y un número de expediente. Julia ha vivido cien años, ha visto nacer y morir varias generaciones y sin embargo, se dice, es cruel que un papel doblado, una cosa tan frágil en apariencia, me haya golpeado así. Qué vida es esta si un simple papel puede destruir a una familia completa. Es el mundo al que me arrojaste, madre, sin proporcionarme más que este torpe manual, tú que tan poco habías vivido, y que precisamente por eso sabías tanto.

Julia Ferrer contempla el rectángulo de humedad de la pared. Sabe que hoy no se atreverá a leer más.

1. HUMO Y RUIDO

—Amo esta sucia ciudad.
(*Chantaje en Broadway*, 1957)

La primera detonación les pilló desprevenidos, y Berta comprendió que jamás olvidaría aquel momento. Buscó a su alrededor, sin éxito, otras caras que expresaran el mismo desasosiego. Tras cada estampido, la brisa deshacía las volutas de humo y las acumulaba en una esquina de la plaza, como borrones de un escolar. La joven sintió crecer la presión en su cráneo. Un niño lloraba filas atrás. Berta abrió la boca por instinto mientras las explosiones desgarraban el aire.

El silencio del último golpe se sostiene entre las nubes y entonces empieza la música. Berta no sabe muy bien de dónde ha salido pero, cuando vuelve a fijarse en lo que miran todos, se da cuenta de que ya no asiste a una molesta traca, sino a una manifestación sonora como no cabía imaginar. Son las baquetas del cielo, timbales devastadores que matizan cada nota y fluctúan en un patrón que se repite y se alterna, que se alterna y se repite, mientras los rostros vueltos hacia arriba, bizqueando contra la luz del sol, luchan por no perder detalle. Ahora son tres los estallidos, en un compás de vals, al que se añade un chirrido de bengalas que cruza el cielo, como arañazos sobre la pizarra azul que recortan los edificios. Esto se repite una, tres, cinco veces, y cuando la idea se agota surge un nuevo tartamudeo de cohetes. Pronto los compases ordenados se multiplican, como si comenzara otra canción en distintos puntos de la plaza, y el eco, los

golpes, todo, comienzan a acumularse con vocación de desconcierto. Pero justo entonces, cuando Berta se tapa los oídos, los ritmos se fusionan en oleadas armónicas, ondas coronadas por una cresta de brillantina. Este mar sonoro se embravece y los presentes se sienten rodeados por algo que les supera, un ejército indestructible que dispara todo su armamento hasta agotarlo. Deviene otro silencio, tenso y precavido, porque lo que sucede hoy en este trapecio histórico de la ciudad no puede haber finalizado aún. Suena algo en tono grave, muy espaciado, algo que se acerca gateando, pero que incrementa su marcha, un poco más cada vez, y que va dibujando sonrisas de expectación alrededor de la muchacha. Ella, debido a su escasa estatura, da saltitos para intentar vislumbrar al gólem de seis metros que sin duda está a punto de irrumpir en la plaza por la antigua Bajada de San Francisco, aunque ella ignora que esa calle se llamaba así hace más de cien años. La cadencia sigue acelerándose, hace un momento eran pisadas vacilantes y ahora se ha convertido en un trote que no para, y entonces Berta espera ver una cabeza gigantesca entre las cornisas más altas, pues tales trancos deben pertenecer a una criatura de quince metros de altura, o quizás veinte, o tal vez treinta. El trote se convierte en carrera, y la multitud eleva un murmullo excitado que amortigua el galope del gigante que va a aplastarlos, pero la carrera se precipita, el estruendo se vuelve inconcebible, y Berta siente su propia voz dentro del cráneo, percutida por las vehementes detonaciones que convierten el mundo en humo y pólvora. Brazos incontables se alzan ante ella, voluntarios para ser aplastados por la criatura. La carrera se transforma en un redoble que concluye de golpe, como si el monstruo hubiera saltado hacia la multitud entre restos de carcasas y, tras ese silencio angustioso, centellean en el aire proyectiles a decenas, cientos, miles le parecen a Berta aunque sabe que es imposible, y la salva furiosa desgaja fachadas, destruye tímpanos y desata la euforia acumulada durante el ritual, como un muelle que ha estado plegado demasiado tiempo.

El eco reverbera en los cristales, la multitud grita enloquecida. Un disparo suena aislado. Otro lo secunda para completar la cadencia acordada que comunica el final.

La *mascletà* ha terminado.

Berta se volvió hacia Mejías con una sonrisa que amenazaba con estallarle en la cara, como aquellos disparos pirotécnicos que acababan de presenciar.

—¡Me ha encantado! —exclamó la joven.

El detective tuvo que esforzarse por ser amable.

—Enhorabuena. El año que viene te nombro fallera mayor de la calle Moncofa.

El aire estaba cargado de pólvora y electricidad, los fragmentos de carcasas revoloteaban sobre la multitud.

—Usted ríase, pero voy a divertirme. Tenía muchas ganas de ver todo esto.

Mejías resopló por la nariz. Estaban allí contra su voluntad, aunque no había sido capaz de oponerse. Para Berta era su segundo año en Valencia; el anterior mes de marzo había regresado a casa de su tía Marina en la comarca de Utiel, sin tiempo para fiestas ante la tarea de ponerse al día con sus estudios de periodismo, en los que había aterrizado con el curso empezado. Tras pasar toda su vida en aquel recóndito lugar del borde de la meseta, la chica apenas conocía las Fallas: allí únicamente plantaban dos monumentos, y los festejos eran tan solo una pálida comparación. Recordaba haber visitado Valencia en marzo de niña, cuando sus padres vivían, pero sus recuerdos estaban asociados al calor, las muchedumbres sudorosas, el olor de fritanga en la calle y niños que sembraron sus pies de petardos.

Berta había insistido al detective que la acompañara a la primera *mascletà* del año, aquel uno de marzo, y Mejías solo pudo oponer débiles excusas, pues su socia conocía con precisión

el estado del negocio. Nadie llamaba a la oficina desde hacía semanas, no había casos en marcha y menos entonces, cuando las Fallas posponían cualquier tarea en la ciudad hasta el día veinte, después de que el fuego consumiera aquel boato que tanto repelía al detective.

—Ya sabes lo poco que me gusta esto —dijo mientras observaba a la multitud, que ya empezaba a salir de la plaza.

—No sea aguafiestas —le recriminó Berta—. Me dijo que si no teníamos faena podría disponer de unos días libres.

—Lo que no recuerdo es que prometiera acompañarte.

—Venga, hombre. Sabe que mis compañeras están en un curso en Alemania, y que no fui con ellas en parte por el dinero, y en parte por ayudarle con aquella cosilla de la semana pasada.

Odiaba reconocerlo, pero la chica tenía razón. Había sido un caso delicado, en el que tuvieron que calzarse botas de plomo para que cualquier ráfaga legal no los tumbara de golpe. A la vuelta de cierto viaje oficial, un importante cargo de la Administración había extraviado una de sus maletas en el aeropuerto valenciano mientras trasegaba *gin-tonics* con sus colegas de expedición. Era extraño que tras aquella pérdida el funcionario no diera parte a la compañía aérea, que no denunciara el robo a la policía o que ni siquiera lo mencionara a sus compañeros. Aún más extraño fue que hubiera acudido a Mejías, a quien no reveló el contenido de la valija. Tras un par de noches por calles que los hombres honrados no solían pisar, el detective dio con la dichosa maleta. La abrió de inmediato, saltándose la combinación y la supuesta profesionalidad. Su interior estaba colmado de prendas de látex y cuero, falos metálicos, un botiquín y una libreta de contactos del exótico destino donde aquellos prohombres reforzaban los lazos comerciales de la *nostra Comunitat*. Cuando la devolvió a su legítimo

dueño, este le había preguntado si adivinaba su contenido, una vez comprobó que el cierre continuaba aparentemente intacto. Mejías se palpó el cheque, a salvo en el bolsillo de su americana, y repasó las posibles respuestas.

—Imagino que serán las armas que sacarán de la crisis a nuestros ciudadanos —dijo entonces.

—¿Qué ha querido decir?

—No lo sé. Si supiera siempre por qué hablo sería un genio.

Y ahora se encontraba con Berta en la Plaza del Ayuntamiento, rodeados de turistas, estudiantes y oficinistas desocupados que habían esperado de pie media mañana para contemplar cómo cientos de kilos de pólvora se quemaban en apenas siete minutos. Mejías comprobó que el gentío aún les impedía abandonar la plaza y observó de reojo a la muchacha. Parecía un padre que acompañara a su hija, uno más de la multitud. Eso sí: la mayoría de progenitores no llevaban gabardina bajo aquel sol que anunciaba la achicharrante primavera.

—Cuando sepas lo que yo sé, dejará de interesarte —dijo el detective.

—No va a poder conmigo.

—Con el dinero que acaban de gastarse podrían pagar el sueldo de esos funcionarios que quieren echar, o mejor, pagar a las subcontratas. O dejar de recortar en educación, o en sanidad. Y eso cada día, desde hoy hasta el diecinueve. Y a partir del quince viene lo peor.

—Aquí hay miles de personas, que dejarán dinero en bares y tiendas, digo yo. También se generan muchos puestos de trabajo.

—Eso sin contar los negocios que se hacen en los balcones de esta plaza, a los que somos ajenos el pueblo llano, claro.

—Usted sabe que también sucede eso en el fútbol, y quizás peor.

—Y en unos días, Bertita, vendrá el derroche de millones en figuritas que luego quemarán.

—Pero es tradición, forma parte de nuestra identidad. Gracias a eso vienen turistas de fuera, y el gremio fallero consigue...

—Esta ciudad sufre mucho en Fallas: atascos de tráfico, montajes de casales que no respetan el descanso ajeno, *desper-tàs* de pólvora, ruido de madrugada, apropiación de aceras y calzadas. Una exclusión en toda regla para los que no participamos en la fiesta.

—Yo aquí veo mucha gente.

—Claro, y también en el supermercado, en la Ciudad de la Artes, en la playa, en las tiendas de chuches. Donde va Vicente, va Valencia.

—Dígame que no le ha gustado el espectáculo.

—Y toda esa lucha por aparentar, por ser más que el de al lado. Dar coba y que te la den.

—Mire, yo podría decir unas cuantas cosillas sobre usted, que no es precisamente modélico. Así que deje de juzgar. Lo cierto es que no hay nada en el mundo parecido a esto.

—Ya. Lo *millor del món*. Te veo en breve con dos auriculares de pelo postizo y peinetas a juego. Así no tendrás que escuchar lo que te digo.

—Por mucho que intente desanimarme no lo conseguirá. Este año pretendo vivir las fiestas como si fuera de aquí.

—Y los Reyes Magos son los padres —sentenció Mejías—. Te lo digo porque te veo muy verde.

—Es usted el campeón de los tontos cuando se lo propone —contestó Berta frunciendo el ceño—. Y ahora tiene muchas ganas.

Guardaron silencio ante el enrejado del centro de la plaza, desde donde se había lanzado la *masquetà*. Muchos asistentes se aproximaron hacia las vallas metálicas que cercaban la zona de lanzamiento. Entre restos de sacos y lanzaderas de cohe-

tes, el equipo pirotécnico recogía los aplausos enfervorizados del público. Entre ellos destacaba el *senyor pirotècnic*, un hombre calvo y barrigón, equipado con la misma ropa protectora que sus compañeros. Aupado a sus hombros, levantaba los puños al cielo como quien ha metido el gol de la victoria en la final de la *Champions League*. Mejías se inclinó hasta la oreja de la chica.

—Son los padres. Los Reyes, digo. Que no se te olvide.

—Tonto —masculló la chica al vacío—. Es usted tonto de remate.

Recibieron el primer mensaje cuando se disponían a salir de la plaza. Berta sintió la vibración en su cadera y extrajo el móvil, con una sonrisa que anticipaba el mensaje de Nuria, su compañera de piso. Seguramente le preguntaba por su experiencia fallera desde algún lugar de Europa. Cuando comprobó la pantalla, leyó: «remitente desconocido».

Pulsó la tecla de aceptar y pudo leer el mensaje:

*Vayan hacia la calle San Vicente por Periodista Azzati.
Es la forma más fácil de salir de allí.*

Berta mostró la pantalla a Mejías, que el detective apartó de un manotazo.

—Déjate de jueguecitos, muchacha.

—Vamos a ver, jefe, estoy tan perdida como usted. Puede ser un bromista. Incluso puede que sea un cliente.

—Claro, o puede ser tu amiga Nuria, que sigue mosqueada conmigo. Ya sabes que no le caigo bien.

—Usted no le cae bien a mucha gente, créame. Pero estamos sin trabajo y no puede...

—Puedo hacer lo que me dé la gana.

—Y así le va.

—¿Vas a perder el culo por lo primero que te manden al móvil? Así no funciona este negocio, Berta. Debes entender que...

Los interrumpió el *beep* del aparato, que la chica aún portaba en la mano. Lo consultaron bajo el gesto hosco del detective, y esta vez Berta leyó en voz alta.

*Por favor, no discutan y sigan estas sencillas instrucciones.
Vayan hacia la calle San Vicente.*

La chica alzó una mirada retadora, y Mejías relajó los hombros bajo la gabardina.

—Si quieres jugar a los espías no voy a impedírtelo —dijo el detective—. Pero cuando pille a tu amiguita le explicaré por qué su compi de piso ha vuelto a la cola del paro.

—Allí volveré si no encontramos un caso, jefe —respondió la chica, marcando la última palabra.

Progresaron hacia San Vicente entre grupos de peatones que pisoteaban los restos de carcasas. El aire olía a pólvora. Mejías enarcó las cejas cuando el móvil sonó de nuevo:

*Giren a la izquierda por Garrigues,
entonces tuerzan a la derecha por Músico Peydró*

Siguieron las indicaciones tras la aprobación del detective, cuyo rostro se endurecía por momentos. En Músico Peydró la calzada era peatonal, y el gentío rodeaba con calma los maceteros centrales. Un par de minutos después entraron en la plaza de la Merced. El aparato volvió a vibrar.

Busquen la calle Calabazas, síganla hacia su izquierda.

—¡Empiezo a estar harto! —estalló Mejías—. ¿Qué se ha creído tu amiga Nuria? ¿Que puede marearme a su antojo?

—Le digo que no es Nuria. No sé quién es, pero desde luego sabe por dónde vamos.

Mejías se giró con rapidez, entre el revoloteo de la prenda impermeable. Era inútil. A aquellas horas las calles que rodeaban la Plaza del Ayuntamiento estaban atestadas de ciudadanos que buscaban una salida del centro; muchos se amontonaban ante los bares que parcheaban la calle, decididos a engañar al hambre entre cañas de cerveza. Demasiados rostros se volvían ante la estampa del detective: corbata y traje cruzado a rayas bajo la gabardina, acompañado por una chica de apenas veinte años, bajita y no muy delgada, toda de negro, que lo observaba tras las gruesas monturas de pasta.

—Bueno, ¿alguna pista? —le pinchó Berta—. Debo confesarle que me resulta divertido.

Mejías apretó los puños y deseó que Berta fuera un rufián de metro ochenta y cinco al que derribar de un gancho en la mandíbula, o al menos golpear en la entrepierna. El móvil de la chica sonó de nuevo.

—«Muévanse» —leyó Berta.

El detective se giró sin decir palabra y tomó la calle Calabazas. Continuaron en silencio por aceras minúsculas hasta alcanzar el Mercado Central. Berta carraspeó, incómoda.

*Rodeen el Mercado Central por la calle de la Vieja Paja.
Cruzen la Plaza del Mercado.*

La parte trasera del Mercado olía a pescado, un olor filtrado por el enrejado del sótano. No era un buen lugar para discutir. Mejías sacudió la cabeza y continuó por el estrecho pasillo entre el edificio modernista del Mercado Central y la iglesia de los Santos Juanes.

Cuando desembocaron en la Plaza del Mercado, Berta sintió un escalofrío. Frente a ellos, la Lonja de la Seda estaba cubierta de andamios metálicos debido a las obras de repara-

ción de la fachada. Habían retirado el cristal de las ojivas de piedra, y unas lonas ocultaban las huellas de la gran explosión producida dos meses atrás. Berta no pudo evitar un incómodo sentimiento. Aquello no era obra de Mejías pero estaban involucrados en aquel caso, el primero para la muchacha, cuando hurgaron en el pasado de la familia Dugo-Esrich.

Se encontraban sobre la acera de los Santos Juanes, irónicamente libre de vallas de obra, pulida, limpia y terminada, junto a aquellas covachuelas secretas bajo el pódium del templo.

—No tiene ninguna gracia —masculló el detective, y Berta asintió antes de sacar el teléfono. Tenían otro mensaje.

*He dicho que crucen la Plaza del Mercado.
Continúen después por Estameñería Vieja,
y de ahí pasen a la calle d'En Pina*

Ni siquiera el veterano detective reconoció el nombre de la última calle. Caminaron hasta la plaza trasera de la Lonja, donde rodearon un olivo centenario y terrazas de bares cercanos. Siguieron las calles de aquel barrio viejo y comercial, que formaban una cuadrícula de vericuetos gastronómicos. La calle d'En Pina les pareció el callejón trasero de varios restaurantes turísticos. A los pocos pasos, la calleja se quebraba entre grafitis y deslunados de edificios en ruinas, con pequeños charcos y contenedores de basura, antes de volver a las calles principales.

—«Giren a la derecha por Corregería» —leyó Berta, tras el recurrente pitido.

Mejías caminaba a grandes trancos por delante de ella, agitando los brazos como en un desfile de detectives. Berta pensó un par de excusas para apaciguarle pero no se atrevió a abrir la boca mientras trotaba tras su jefe. Bastante tenía con ser portavoz de aquellos mensajes.

Cuando volvió a sonar el móvil, la chica tuvo que detener al detective, pues se había pasado la desviación indicada.

Giren por Tapinería, rodeen la Iglesia de Santa Catalina y deténganse bajo su torre.

Apenas leyó en voz alta el mensaje, Mejías retrocedió hasta la encrucijada, desde donde contempló el fondo de la calle, como un pistolero esperando a su antagonista. Tapinería terminaba en una revuelta sobre el ábside de Santa Catalina. Una sombra se movió en aquel ángulo antes de desaparecer.

—¿Quién demonios...? ¡Se va a enterar!

Antes de que Berta pudiera evitarlo, Mejías se lanzó a una carrera desbocada, esquivando peatones a su paso. A mitad del recorrido, una motocicleta emergió desde la izquierda para bloquear sus neumáticos con un chillido. Mejías ensayó un desesperado paso lateral y tropezó con las bicicletas aparcadas junto a la tienda de alquiler. Rodó sobre ellas, enredó su pie en una cadena, se levantó de un salto. El dueño del establecimiento salió de inmediato, pero el detective ya continuaba su carrera. Berta, que había alcanzado el establecimiento, balbuceó un par de excusas. Por el rabillo del ojo vio a Mejías girar al final de la calle y tropezar con un joven, al que dirigió frases fulminantes.

Cuando al fin alcanzó a su jefe bajo la torre de la iglesia, el detective se encontraba en medio de la calzada, inclinado hacia delante para recuperar el aliento y con una mano sobre su muslo, mientras con la otra se descargaba el Ventolin en la boca.

Durante unos segundos guardaron silencio. Berta admiró desde abajo el estilizado campanario barroco.

—No he visto a nadie —maldijo el detective entre toses.

Muy cerca concluía la calle San Vicente: el camino más lógico desde la Plaza del Ayuntamiento que habría evitado

aquel mayúsculo rodeo. Berta, a pesar del murmullo que todavía salía de la *mascletà*, creyó escuchar los dientes del detective rechinar entre sí. La muchacha consultó rápidamente el móvil, pero no había nada.

—Maldito seas, ¿a qué esperas? —masculló el detective, escrutando los alrededores.

Pasó un minuto y el móvil de Berta vibró de nuevo. Esta vez la chica prefirió enseñar la pantalla a su jefe.

Disculpen el retraso, me había manchado.

Les invito a una horchata o un chocolate. Primer piso.

Se volvieron hacia la antigua horchatería, apenas a cuatro pasos. El establecimiento los recibió con el gélido saludo de los climatizadores, y permanecieron en la entrada indecisos sobre las baldosas ajedrezadas. Una camarera se aproximó, mostrando una sonrisa cooperativa. Mejías la desdeñó con un gesto y tomó el pasamanos de la escalera. Berta se disculpó con la empleada y siguió al detective, que subía los escalones de dos en dos.

Al llegar arriba buscaron entre la bulliciosa masa de parroquianos, hasta que su atención se centró en una mesa ocupada por un solo cliente que les daba la espalda. Al principio Berta creyó que se trataba de un niño, pues sus piernas colgaban de la silla sin tocar el suelo. Enseguida distinguió la calva sobre el cráneo y el cuerpo rechoncho. A su lado había un anticuado sombrero de fieltro y un bastón con empuñadura de plata entre las varillas del asiento contiguo. Aún sin volverse, el pequeño personaje agitó su mano a modo de saludo, como si supiera que estaban allí, observándole. En aquella mano, arrugada y morena, Berta distinguió un *smartphone* de considerables dimensiones, posiblemente uno de los últimos caprichos tecnológicos del mercado. Sumaba ya dos más dos cuando la voz ronca del detective confirmó sus sospechas.

—Maldita sea. Gaspar Aparisi.